HIDALGO.

Un Dios se torna el hombre cuando inflama
Su corazon la refulgente llama
Del sublime heroismo,
Y alzándose como águila altanera
Nada conoce en la creacion entera
Superior á sí mismo!

Si del excelso cielo el rayo ardiente
Se lanza atronador sobre su frente,
Le mirareis sereno;
Y sereno tambien si en dura guerra
Se agitan mil volcanes de la tierra
En el profundo seno!

Por eso cuando el vulgo amedrentado,
Lívido el rostro, trémulo, callado,
En el polvo se abate,
Él con placer la tempestad respira,
En su fragor terrible el alma inspira
Y se lanza al combate!

Tales fueron los héroes que en sangrienta
Lid, Zaragoza altiva nos presenta
En sus rotas murallas,
Desafiando los hierros y la muerte,
Porque su noble pecho era mas fuerte
Que las templadas mallas!

Y aun mas sublime al opresor tirano
Hidalgo hirió con poderosa mano
El corazon impuro,
Y despertó la patria envilecida,
Como vuelven los muertos á la vida
Desde el sepulcro oscuro!

De tres siglos los duros eslabones
No bastan, no! . . . prendió en los corazones
La llama de la gloria,
Y al estallar de Libertad el trueno,
Sonrióse el héroe y aguardó sereno
La muerte y la victoria!

Libertad! escuchaba por do quiera
Del uno al otro mar en la ribera
El español tirano. . . .
Venganza! libertad! en sus oidos
Repetia con fúnebres gemidos
El huracan insano.

Y donde el grito aterrador se escucha
Corren en medio de ardorosa lucha
Rios de sangre hirviente:
Que tras larga opresion á Dios le plugo
La víctima inocente y el verdugo
Colocar frente á frente!

Es en vano que lance sus conjuros
El tribunal que atiza entre sus muros
El fuego del infierno;
Es en vano. . . . mirad que el anatema
Baja del cielo, vuestra frente quema
El rayo del Eterno!

Jamás apartarán de los valientes
Ante las huellas, sus hermosas fuentes
Los lagos y los rios;
Jamás el sol ocultaráse adusto,
Ni oirá el Eterno Juez, sublime y justo,
Vuestros votos impíos!

Bajo el amparo del benigno cielo,
En breve tiempo ocupará este suelo
Un pueblo generoso,
Que si llora su suerte desdichada,
No doblará la frente resignada
Al despotismo odioso! . . .

Mas ¡oh Dios mio! el corazon se oprime!
No ha de alcanzar el vencedor sublime
La aurora de su gloria;
Debe espirar, el pecho traspasado,
De libertad ante el altar sagrado
Cual víctima expiatoria!

En torno del patíbulo sangriento,
Con ecos de dolor turban el viento
Los fúnebres tambores. . . .
Sereno el rostro, sosegada el alma,
Pisa la tumba con solemne calma
El héroe de Dolores!

Murió! . . . mas del sepulcro solitario
Salió, envuelta en el fúnebre sudario,
La sombra venerada,
E invisible á la inmensa muchedumbre,
Para vencer la odiosa servidumbre
Les arrojó su espada!

Do quiera que cesaba el ardimiento
Se le oia gritar con firme acento:
Independencia! guerra!
Hasta que roto el oprobioso lazo,
Satisfecha tornó con firme paso
A su lecho de tierra!

¡Venid, profanadores de los muertos!
A remover esos despojos yertos
Que proteje la gloria;
Y ya que tanto vuestro orgullo humilla,
No dobleis ante el héroe la rodilla,
Insultad su memoria!

Apartad á las vírgenes que gimen,
A cuantos con respeto el labio imprimen
En sus frios despojos;
Y ante esa tumba ¡oh genios superiores!
Haced pedazos las hermosas flores
Y derramad abrojos!

Siniestra brille la incendiaria tea,
El recuerdo de sangre que aun humea
La discordia acreciente:
Que así al mundo dareis sublime ejemplo,
Y de la gloria tocareis al templo
Con la radiosa frente!

Tú, padre de la América, tranquilo
Descansa en paz en tu postrer asilo:
El reptil asqueroso
Que va arrastrando en el hediondo cieno,
No mancha al sol que baja al hondo seno
Del océano grandioso!

Descansa en paz! que por tu sangre pura
Un pueblo libre en voz solemne jura,
Que si la adversa suerte
Quiere imponerle de la infamia el sello,
Preferirá sin doblegar su cuello
A la cobarde esclavitud, la muerte!!

ITURBIDE.

I

(1821.)

En fúnebres lechos de rojos laureles
Los héroes de Anáhuac rendidos yacian;
Sus viles tiranos gozosos reian
Mostrando á los pueblos el yugo fatal. . . .
Mas bajando Iturbide á la arena
Levantó con audacia la frente,
Y turbóse el poder insolente
Al oirle gritar: Libertad!

Dejando el sepulcro, sedientas de gloria,
Circundan al héroe mil sombras queridas
Que en lucha terrible perdieron las vidas
Por dar á su patria renombre eternal!
Y el heróico puñado de bravos
Que en el Sur esquivaba los hierros,
El silencio turbó de sus cerros
Con un grito de gozo marcial!